

Las inmóviles máscaras de plata ardían a la luz de las lunas. Unos ojos amarillos brillaban sobre Sam. Sam sintió que el estómago se le encogía, se le retorcía, se le endurecía como una piedra. Dejó caer el arma en la arena.

- Me entrego
- Recoja el arma, terrestre- dijeron los marcianos a coro.
- ¿Qué?

Una mano enojada se movió en la proa de un barco azul.

- El arma. Recójala. Guárdela.

Sam, asombrado, la recogió.

- Ahora- dijo la voz- haga girar el barco y regrese al quiosco.
- ¿Ahora?
- Ahora- repitió la voz- No le haremos daño. Usted huyó antes de que pudiéramos explicárselo.

(Ray Bradbury, *Crónicas Marcianas*)